



**UNIVERSIDAD DE MURCIA**

FACULTAD DE ECONOMÍA Y EMPRESA

TESIS DOCTORAL

**Las metamorfosis de la racionalidad capitalista:  
Egoísmo, sufrimiento y capitalización simbólica**

**Miguel A. V. Ferreira**

2024

Directora/es:

**María Semitiel García**

**Carlos Prieto Rodríguez**

**Andrés Pedreño Cánovas**

## **RESUMEN**

Este trabajo aborda las tres fases históricas de la racionalidad capitalista desde una orientación reflexiva/ transductiva. Racionalidad de cálculo, plusvalía y enajenación nos permiten delimitar el marco general común de las mismas. Para establecer sus diferencias, se considera una doble fundamentación de la racionalidad capitalista, respecto a la intención y respecto a la realización del beneficio, a partir de las conexiones entre los catalizadores emocionales, egoísmo y sufrimiento, y las formas específicas, en cada fase, que sobre dichas emociones adoptan la acción inversora y la acción laboral; y, en consecuencia, la condición específica, históricamente configurada, de los agentes portadores de las disposiciones adaptadas a las racionalidades específicas de cada fase.

Cada una de las tres racionalidades capitalistas consideradas, a partir de una racionalidad estructural en la que el fundamento primario, el egoísmo, sustenta a la racionalidad de cálculo como norma que regula el funcionamiento de conjunto de la actividad económica, configurará una racionalidad fenomenológica en la que egoísmo y sufrimiento se relacionan, como catalizadores emocionales, de tal modo que el primero obtenga el beneficio económico que es su objetivo, su intención, otorgando para su realización, un beneficio simbólico como compensación a cambio de la inversión del sufrimiento.

Reflexiva y transductivamente, el análisis se asume como un producto de la racionalidad neoliberal y, en consecuencia, como un acto de inversión de sufrimiento a cambio de una compensación simbólica.

## **ABSTRACT**

This work addresses the three historical phases of capitalist rationality from a reflective/transductive orientation. Calculation rationality, surplus value and alienation allow us to delimit their common general framework. To establish their differences, a double foundation of capitalist rationality is considered, with respect to the intention and with respect to the realization of benefit, based on the connections between the emotional catalysts, egoism

and suffering, and the specific forms, in each phase, which based on these emotions they adopt investment action and labor action; and, consequently, the specific, historically configured condition of the agents carrying the dispositions adapted to the specific rationalities of each phase.

Each of the three capitalist rationalities considered, based on a structural rationality in which the primary foundation, egoism, supports calculative rationality as a norm that regulates the overall functioning of economic activity, will configure a phenomenological rationality. in which egoism and suffering are related, as emotional catalysts, in such a way that the former obtains the economic benefit that is its objective, its intention, granting for its realization, a symbolic benefit as compensation in exchange for the investment of suffering.

Reflexively and transductively, the analysis is assumed as a product of neoliberal rationality and, consequently, as an act of investment of suffering in exchange for symbolic compensation.

### **PALABRAS CLAVE**

Racionalidad capitalista, sufrimiento, egoísmo, capitalización simbólica, acción social, transductividad.

### **KEY WORDS**

Capitalist rationality, suffering, egoism, symbolic capitalization, social action, transductivity.

# Índice

<b>Preducciones</b> .....	9
<b>Capitalismo, beneficio e individuo</b> .....	17
I. Fundamentos de la economía capitalista.....	20
I.1. El capital como motivación .....	25
I.2. Entre motivación y realización: la organización del trabajo.....	35
I.3. La consecución del beneficio .....	37
I.4. El factor humano del beneficio .....	39
I.5. La materialización del beneficio .....	45
II. Beneficio, individuo y agente .....	53
II.1. Acción, motivación y racionalidad .....	54
II.2. Agencia, economía y reconocimiento .....	58
III. Motivación y beneficio: las emociones.....	76
III.1. El capitalismo como economía emocional .....	77
<b>La racionalidad liberal</b> .....	87
I. La utopía liberal.....	91
I.1. Intercambio, individuo y deseo .....	93
II. El proyecto liberal en marcha.....	102
II.1. La fenomenología liberal: el empresario eludido.....	108
III. Inversión y sufrimiento.....	117
III.1. El amor no egoísta por uno mismo: la ego-eco-filia.....	119
IV. Crisis y hundimiento del modelo liberal clásico .....	130
IV.1. La racionalidad liberal y su contraparte .....	138
<b>La racionalidad keynesiana</b> .....	143
I. La producción fordista.....	146
I.1. La presunta «estupidez» racional taylorista .....	148
I.2. La racionalidad productiva fordista.....	150
II. De la producción al consumo: John M. Keynes.....	155
II.1. El Estado keynesiano.....	162

II.2. De la confianza a la ciudadanía salarial.....	166
III. El proyecto keynesiano en marcha.....	175
III.1. La constitución keynesiana del trabajador-consumidor fordista .....	179
III.2. La recapitalización keynesiana del sufrimiento.....	185
III.3. Los efectos de la recapitalización.....	193
IV. El final del ciclo keynesiano.....	199
<b>La racionalidad Neoliberal.....</b>	<b>203</b>
I. Antecedentes: la escuela de Friburgo.....	205
I.1. Racionalidad económica y legitimidad política.....	205
I.2. Intercambio, competencia y libertad.....	209
I.3. Competencia, empresa e individuo.....	215
II. El Capital Humano: anticipo del <i>homo neo-oeconomicus</i> .....	221
II.1. La racionalidad estratégica: decisiones sustituibles.....	222
III. Breve proclama libertaria.....	233
IV. El nuevo ideograma: la flexibilidad.....	239
IV.1. Cadena de montaje y estandarización.....	241
IV.2. De la pirámide a la red.....	243
IV.3. Red, poder y trabajo.....	248
IV.4. Mercado y ciudadanía.....	251
V. Trabajo, Estado y Terapia.....	258
VI. Flexible y Global.....	263
VII. La capitalización simbólica de la competencia.....	269
<b>Transducciones.....</b>	<b>283</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>299</b>

*Las verdades son ilusiones  
de las que se ha olvidado que lo son*

Friedrich Nietzsche

*Es justamente al vencer una de las razones cuando la  
razón pierde, ya que ella consistía precisamente en la  
contradicción entre una y otra; por fuerza, cada una  
de las dos partes del juicio miente, y es la contienda en-  
tre ambas la que era verdad. Así es como, al tener ra-  
zón uno, pierde la razón.*

Agustín García Calvo

*Quejoso de mi fortuna  
yo en este mundo vivía,  
y cuando entre mí decía:  
¿habrá otra persona alguna  
de suerte más importuna?  
Piadoso me has respondido.  
Pues, volviendo a mi sentido,  
hallo que las penas mías,  
para hacerlas tú alegrías,  
las hubieras recogido.*

Pedro Calderón de la Barca

## Páginas 9-10:

Se sustituye la usual “introducción” por unas, en plural, “preducciones”, por el mismo motivo que en lugar de “conclusión”, se formularán unas “transducciones”. Ello obedece a que el trabajo de investigación está sustentado en la reflexividad como fundamento metodológico, por lo que se aleja críticamente de las “ducciones” (*in-*, *de-*) consideradas, metodológicamente, consistentes en tanto que procesos de inferencia. “Ducción” proviene del lexema latino “ducere” (guiar), con el sufijo “-ción”, que indica “acción o efecto de”, de tal modo que la *ducción* puede ser tanto la *acción de guiar* como el *efecto de ser guiado*. Dado el presupuesto reflexivo del que se parte, este texto es, simultáneamente, ambas cosas: su discurrir narrativo ejerce una acción de guía, tanto en la procesualidad de la escritura como en la de la lectura (acción ejercida por el autor); tras esa acción, al final de la narración, se dará un efecto, diferente en cada lector/a, resultado de esa acción (efecto ejercido sobre el/la lector/a, que abarca también al autor, pues habrá dejado de ejercer su acción como tal y su acceso al texto será el de un lector más). No podemos *intro-*ducir al lector a la *ducción* subsiguiente, llevarlo/a al interior de la acción de guía, porque sería, reflexivamente, un ejercicio impropio: el lector siempre estará en una posición *extra-*ductiva antes de haber leído el texto, pero sí podemos anticipar, *pre-*, la *ducción* una vez, como “acción de” guiar, ya ha sido concluida y el autor puede adoptar una posición de lector y transmitir, como tal (no como autor guiante) los posibles —en plural, dada la pluralidad presupuesta de la condición de lector/a— “efectos de” esa guía que ha realizado [se anticipa, *pre-*, una *acción* de guía, presuponiendo una *pluralidad* de efectos, *ducciones*]. En la lógica procesual que implican, tanto la acción como el efecto de guiar, finalizada la primera, tampoco cabe reflexivamente conclusión alguna, sino, simplemente, salirse de, ir más allá (*trans*) de la propia *ducción*, lo cual podrá

fundamentarse, en ese momento, como una operación, formal y transitoria, de producción de conocimiento (vd. *infra* el epígrafe *Preámbulo*, pp. 283-288; y también: *Excursus reflexivo: lo que el neoliberalismo no supo hacer...*, pp. 225-228; *Neoliberalismo y reflexividad: preludio transductivo*, pp. 279-281; en caso de que se desee ampliar el contenido de este breve *preámbulo* a las *preducciones* del presente texto).

Este texto fue concebido, mucho antes incluso de que la propia materia a tratar estuviera definida, tal cual se ababa de anticipar, como un ejercicio reflexivo. Un ejercicio que tenía como objetivo dar forma a una profunda insatisfacción vital resultado de un “extrañamiento” del mundo que progresivamente se había ido adueñando del autor; la intención de recuperar un cierto sentido de las cosas fue antes, reflexivamente, que la intención práctica de realizar un estudio profundo sobre lo que las siguientes páginas recogen: la evolución histórica de la racionalidad capitalista. Como ejercicio reflexivo, sólo tras el recorrido del camino, cabrá retornar a las intenciones.

[...]

### **Páginas 225-228:**

En este punto, resulta absolutamente necesario introducir un paréntesis, puesto que, siguiendo la argumentación de Foucault en relación a la Teoría del Capital Humano, se nos habla de una “mutación epistemológica” en relación con una reconceptualización del trabajo, según la cual, para comprender la “sustancia” del mismo 1) es necesario *situarse en la perspectiva del propio trabajador*; y 2) el trabajo debe ser entendido como un comportamiento dotado de una *racionalidad interna*.

Sobre la base de tal preámbulo, cabría concebir que se está proponiendo un análisis que daría cabida, en el marco del pensamiento económico, a una teoría de la acción afín a la de P. Bourdieu:

*Metodológicamente*, porque situarse en la perspectiva del trabajador, con el objetivo de comprender su comportamiento, significa tratar de comprender su condición de *agente* desde su propia perspectiva, sin pretender aplicarle concepciones ajenas, en particular, las que puede llevar incorporadas el propio investigador, en forma de preconcepciones —prejuicios, sesgos o preferencias ideológicas—.

*Epistemológicamente*, porque al asumir la existencia de una racionalidad interna, racionalidad del agente, no del investigador del agente, se está asumiendo la existencia de un conocimiento práctico del que es portador el agente, no el investigador del agente. De tal modo que el conocimiento que puede producir el investigador sobre el agente, dependerá de su capacidad de acceder a ese conocimiento práctico, del agente, y del que el investigador del agente, en principio, no es portador.

De lo que se deduciría, lógica, metodológica y epistemológicamente, que el trabajo se constituye en la propia práctica de su ejecución, a partir de una racionalidad, interna, que el trabajador, agente, lleva a la práctica, y en esa práctica la hace efectiva en forma de actividad; una actividad que, evaluada externamente, y al margen de ésa su racionalidad interna, ha de cubrir los objetivos y las funciones que estructuralmente vienen determinados por su condición específica, como actividad, de trabajo asalariado capitalista.

Es decir, cabría disociar la condición estructural y objetiva de la actividad laboral (actividad productiva de naturaleza económica que se realiza a cambio de un salario) —en esa dimensión se produciría, precisamente, su “abstracción” en forma de cuantificación temporal— de su dimensión fenomenológica y subjetiva (actividad que hace efectiva una racionalidad interna de la que es portador el trabajador en tanto que agente social) —dimensión en la que radicaría su “concreción”, ésa que habría dejado de lado la economía clásica—. Y sería perfectamente factible asumir que la condición estructural y objetiva del trabajo se puede cumplir —eficientemente, queremos decir— sin necesidad alguna de

que su racionalidad interna obedezca, en absoluto, a los mismos principios a los que ha de ajustarse su condición objetiva. Lo que nos lleva a plantearnos, inmediatamente, una pregunta: ¿es *consciente* todo/a trabajador/a asalariado/a de que es portador de una racionalidad interna, homóloga a la de cualquier otro/a trabajador/a, e independiente de la condición de subordinación estructural y objetiva a la que está sujeto/a como trabajador/a —subordinación derivada de la necesidad del salario como ingreso para subsistir, necesidad que hace de la abstracción en forma de cuantificación temporal y su traducción en cuantía monetaria en forma de salario algo, igualmente, crucial para el trabajador/a—? Es decir: ¿puede acceder todo/a trabajador/a a un conocimiento representacional de su conocimiento práctico que le permita disociar, y a la par compatibilizar —en una medida y grado que estaría en condiciones de decidir de manera relativamente autónoma— su racionalidad interna, como agente, con su función objetiva estructural, como trabajador/a asalariado?

La pregunta nos surge inmediatamente porque el foco se ha puesto en el trabajo en cuanto actividad, asignando su cualidad constitutiva al propio trabajador y al sentido que para él tenga la actividad que realiza; es decir: el portador primario del conocimiento que daría sentido al trabajo, como actividad económica, sería el propio agente trabajador, no el investigador (economista, en este caso), lo que da pie a la disociación entre ambos conocimientos, el primario, práctico, y constitutivo de la entidad “real” del trabajo, y el secundario, representación formal del primero: si el propio trabajador está en condiciones de formular un conocimiento de carácter secundario, formal, de su conocimiento primario, éste, igualmente, debería anteceder al secundario del investigador, que debería, entonces, situarse en un tercer nivel. Así planteadas las cosas, se elevaría un grado la complejidad que Bourdieu plantea respecto a la Sociología como la ciencia del conocimiento de las prácticas sociales (Bourdieu, 1999). En su esquema, el conocimiento práctico del agente (*habitus*) implica un nivel de conocimiento que el conocimiento, académico, del investigador social —segundo nivel de conocimiento— debe integrar, generando un tercer nivel, que revela que, en general, el investigador es ignorante respecto a su conocimiento de nivel primario (*habitus*) como agente académico, lo que le lleva a producir un segundo

nivel de conocimiento que obvia la importancia del primero (el práctico, tanto el suyo propio, como agente social, como el de los agentes sociales que investiga). Ahora, puesto que lo importante no es tanto el conocimiento práctico en sí del trabajador, como el sentido, la racionalidad interna asociada a él, en el plano primario de los agentes sociales, trabajadores, se habrían de considerar dos niveles diferenciables de conocimiento, lo que dotaría de una homología plena, en tanto que agentes sociales, al trabajador y al investigador del trabajador, obligando a este último a situarse, no en un tercer nivel de conocimiento sino en un cuarto nivel. La homología se torna casi perfecta en el momento en el que el investigador cobra conciencia de que él mismo (en la inmensa mayoría de los casos) es un trabajador asalariado, por lo que, sin ser consciente de ello, al formular una teoría sobre el trabajo asalariado como actividad, está formulando una teoría sobre sí mismo.

La pregunta, entonces, puede reformularse: el investigador social (economista o sociólogo) ¿es consciente de que, cuando formula una teoría del trabajo como actividad económica, está “trabajando”, es decir, está aplicando un conocimiento práctico (*habitus*) propio de su específico trabajo asalariado, que es la base, real, sobre la que se edifican sus abstracciones? ¿es, entonces, capaz de disociar y a la par compatibilizar — en una medida y grado que estaría en condiciones de decidir de manera relativamente autónoma— su condición estructural y objetiva, como trabajador asalariado subordinado, de la racionalidad interna subjetiva que aplica en la realización de su trabajo, como agente?

La Teoría del Capital Humano abre la puerta a considerar la trascendencia fundamental que tiene la dimensión subjetiva que implica el trabajo en tanto que actividad humana (algo que, por otra parte, ya había quedado manifiestamente demostrado con los estudios de la Western Electric del Elton Mayo cuatro décadas antes —Watson, 1995—). Y la potencialidad de esa apertura, en lo que se refiere a una renovación del pensamiento económico, era enorme. Pero la formulación procedía de autores que ya se habían adscrito a los principios formulados por el ordoliberalismo alemán, de modo que resultaba imposible, en sus cabezas y en sus manos, llevar a otro término el planteamiento que no fuera el

de cumplir el objetivo principal de tal ideario: configurar una sociedad de hombres-empresa.

De modo que, finalmente, vamos a ver inmediatamente, de este planteamiento no se derivó ninguna consecuencia lógica, metodológica ni epistemológica, sino una de naturaleza política e ideológica.<sup>1</sup>

[...]

### **Páginas 279-281:**

Al situar el límite objetivo del neoliberalismo en la propia existencia del ser humano como especie (el colapso emocional de la condición agencial a la que está conduciendo), estamos anticipando la resolución «transductiva» a la que nos va a conducir, inmediatamente, el camino recorrido.

Sobre la base de una fundamentación metodológica reflexiva, la transducción se erige como presupuesto epistemológico, siguiendo la formulación de Gilbert Simondon (1996); como tal, la condición de posibilidad para la producción de conocimiento es la de la existencia de un ser humano portador de una socialidad que le preexiste y lo dota de una condición, constitutiva, procesual:

«...el ser psíquico no es capaz de resolver su problemática particular dentro de su propia órbita. Su herencia de realidad preindividual permite que la individuación colectiva —que desempeña aquí el papel de las condiciones previas de la individuación psíquica— contribuya a la resolución, al tiempo que esta realidad preindividual es individualizada como ser psíquico que supera los límites del ser individuado y que lo incorpora a un sistema más amplio del mundo y del sujeto. *La individuación en su aspecto colectivo crea un grupo individual —asociado al grupo por medio de la realidad preindividual que lleva dentro de sí, que lo une a todos los demás individuos—; lo individúa como unidad colectiva. Ambas individuaciones, la psíquica y la colectiva, tienen un efecto recíproco. Nos permiten definir una categoría transindividual (...) La unidad colectiva proporciona la resolución de la problemática individual, lo que*

---

<sup>1</sup> Del mismo modo que, para no llevarnos a engaño, este texto conlleva necesariamente una pretensión política e ideológica. No es nuestra intención ocultarla. La intención es, más bien, siendo plenamente conscientes de ello, aportar una argumentación sólida que pueda servir para decantar las preferencias en un sentido u otro, a partir de algo más consistente que cuatro convencionalismos arbitrarios disfrazados de verdades absolutas.

significa que la base de la realidad colectiva forma ya parte del individuo en forma de realidad preindividual » (Simondon, 1996: 264; cursivas nuestras).<sup>2</sup>

El ser humano es un ser «transindividual» y procesual, cuya existencia requiere de una interioridad psíquica que lleva, en sí misma, una exterioridad relacional incorporada; es decir, el ser humano es un ser social antes, incluso, de realizarse como tal de manera práctica.

«Dada esta condición procesual permanente, ya no es posible, tampoco a este nivel biológico, concebir lo relacional como una mediación entre términos establemente constituidos y definitivamente configurados; lejos de ello, lo relacional está inscrito en el proceso mismo que es el individuo (recordemos que la individuación genera la díada individuo-medio) “La relación no surge entre dos términos que son individuos ya separados, sino que es un aspecto de la resonancia interna de un sistema de individuación” ([Simondon, 1996]: 263). Es decir, en el individuo, como proceso permanente de individuación, está presupuesto el otro, en un sentido amplio, lo que indica la necesidad de adquirir una “frecuencia” adecuada para participar genéticamente de un proceso más amplio que lo excede como individuo» (Ferreira, 2009a: 16).<sup>3</sup>

Y en esa precondition de la existencia del ser humano —aunque Simondon no lo considere—, la dimensión emocional forma parte de esa su interioridad psíquica —configurada, constitutivamente, a partir de una exterioridad relacional—: recordemos (Illouz, 2007a) que las emociones están inscritas en el ser humano (interioridad psíquica) no de manera natural o instintual, sino como fruto de una cultura y unas relaciones sociales determinadas (exterioridad relacional). El ser humano es un proceso y una confluencia que, constitutivamente, implica una circularidad generativa entre interioridad y exterioridad —entre lo psíquico y lo social; entre la capacidad de representación o pensamiento y la realización práctica de la existencia social— de la que emerge la reflexividad:

---

<sup>2</sup> «Nos encontramos aquí con un presupuesto de crucial importancia en la constitución de un pensamiento sociológico, una teoría sociológica moderna: la socialidad es una condición natural del ser humano. No cabe considerar la existencia de un ser humano en ausencia del vínculo social; no cabe la emergencia de un sujeto individual sin la presencia de un colectivo de referencia, de un contexto de convivencia que le dote de todo cuanto permitirá su constitución como individuo. Lo social es condición necesaria para la existencia de la persona» (Ferreira, 2009a: 17).

<sup>3</sup> El «individuo», en este caso, es una categoría filosófica general; expresaría la entidad material, o unidad empírica, del «ser»; es decir, se trata de un individuo mucho más genérico, que englobaría al individuo político y al individuo económico, en tanto que seres humanos, como expresiones particulares.

«La reflexividad social supone una circularidad generativa entre prácticas y representaciones en la que el conocimiento se traduce en consecuencias prácticas y éstas modifican las representaciones cognitivas puestas en juego. Evidencia, entonces, la existencia de un sujeto que transita sin problemas entre ambos niveles atendiendo a criterios puramente vivenciales. Pero dado que esa circularidad se constituye sobre la base de las interacciones recíprocas de los individuos, ese sujeto evidencia una dimensión objetiva; y puesto que las prácticas van consolidando una herencia cultural, los objetos en los que tales prácticas se materializan evidencian una dimensión subjetiva. Esos sujetos/ objetos se instalan, pues, en el terreno de la transductividad» (Ferreira, 2009a: 6).<sup>4</sup>

Es, precisamente, esa definición constitutiva, generativa, reflexiva y transductiva la que se ve amenazada por la racionalidad neoliberal en su base emocional. Para afrontarla, se hace necesaria una apuesta “subversiva”: «“Subversión” significa literalmente dar una vuelta por debajo, para ver los fundamentos, ir más allá de la ley. Cuando algo es necesario e imposible (dentro de los límites marcados por la ley que lo funda y distribuye sus lugares) es precisa la subversión imaginaria: imaginaria, porque sólo imaginariamente es posible ir más allá de los límites» (Ibáñez, 1994: 54-55, n. 27).

[...]

## **Páginas 283-286:**

«Partimos de la reflexividad como ingrediente de lo social: como tal debería ser incorporado en las formulaciones sociológicas. En consecuencia, no se trata ya de esa suplementaria racionalidad que la sociología habría de aportar a unos agentes condenados a la inconsciencia de sus actos reflexivos. En términos sociológicos, ha de implicar que, lejos de tratar de alcanzar una certidumbre superior a la que podemos acceder en virtud de nuestra calidad de sujetos sociales, hemos de desplegar como principal recurso de nuestros análisis esa incertidumbre característica del fenómeno social que es la reflexividad» (Ferreira, 2009a: 1).

La orientación de este trabajo —los presupuestos, tanto metodológicos como epistemológicos, a partir de los cuales ha sido planteado y desarrollado— es

---

<sup>4</sup> Sobre la “circularidad generativa” como proceso reflexivo que conforma la dinámica de lo vivo y constituye un fundamento para la producción de conocimiento, *vd.*: Atlan (1990, 1991); Hofstadter (1992); Prigogine (1990, 1994).

“reflexiva”; no por una elección o decisión estratégica, sino porque, desde hace muchos años, es la perspectiva a la que la trayectoria académica, y vital, ha conducido.<sup>5</sup>

Lo que significa que es imposible afrontar conclusión formal satisfactoria alguna de este trabajo con un apartado “conclusiones”; en el ejercicio de la producción de conocimiento científico, desde una perspectiva reflexiva, es imposible *con-cluir*, cerrar definitivamente ninguna investigación, hacer del producto formal final, acabado, la resolución efectiva, e incuestionable, de un problema de investigación. Sólo cabe exponer el punto provisional, transitorio, del camino al que se ha llegado, sabiendo que el camino, el “odos”, prosigue, más allá de las intenciones y de las pretensiones (más allá: el “meta” del “odos”) de quien lo ha transitado.

Es por ello que, a la hora de afrontar esta estación de paso, resulta necesario exponer —tras los anticipos preliminares que se han indicado previamente— la condición reflexiva que lo anima y, en estos momentos, le da sentido y entidad a su pretensión de conocimiento.

«Toda formulación teórica debe ser puesta en cuestión, pues procede de la propia contingencia práctica en la que el sujeto enunciante, sujeto social reflexivo, se constituye como tal y subsiste en medio de la incertidumbre. Quizá no hagamos más que un simple ejercicio retórico sobre el que trazar una nueva operación abstracta de reconstrucción lógica. Por eso, habremos de evidenciar nuestras propias constricciones en tanto que sujetos sociales sometidos a los avatares de dicha incertidumbre. Se han considerado las tres grandes fases evolutivas de la economía capitalista tratando de desentrañar la racionalidad específica de cada una, asumiendo, de antemano, una serie de presupuestos» (Ferreira, 2009a: 1)

Esto significa que «Cualquier otro observador habrá necesariamente de cuestionar dicha opción; por ello, las premisas deberán ser puestas en tela de juicio por quien acceda a interactuar —prácticamente— con ellas» (Id.). Porque el investigador social, formando parte de la realidad que investiga, inevitablemente, está “contaminado” por su implicación práctica y real en ella, lo que, lejos de ser un obstáculo para producir conocimiento, es un punto de partida a tomar en consideración,

---

<sup>5</sup> La fundamentación de la reflexividad transductiva como presupuesto metodológico ha sido desarrollada en diversos trabajos previos: Ferreira (2001, 2004, 2006a, 2006b, 2007a, 2007b, 2007c, 2007d, 2007e, 2009a, 2009b, 2009c).

«...como sujetos sociales, [los científicos sociales] nos enfrentamos a la tarea de entender, actuando en ella, a la sociedad, que retroactúa a su vez sobre nosotros constituyéndonos como sujetos de conocimiento (bucle de imposible constitución en el caso de las ciencias naturales), sujetos de un conocimiento activo que interfiere y modifica a la realidad social y, como consecuencia inevitable, al propio sujeto actuante» (Ibid.: 3).

El saber sociológico se encuentra atrapado entre un doble imperativo: por una parte, conlleva una implicación práctica en el mundo que pretende conocer —lo que hace expresa una dimensión reflexiva; quiérase reconocer o no por parte del investigador—, que supone asumir la incertidumbre como ingrediente constitutivo, tanto de la realidad social como de la práctica de investigación; por otra, la propia pretensión de conocimiento de dicha realidad de la cual se forma parte, tiende a la búsqueda de un distanciamiento, una separación de dicha realidad, para ampararse en la certidumbre, preconstruida, de formulaciones previas que gozan de un reconocimiento y, por ello, permiten traducir la experiencia práctica de la investigación en una representación abstracta digna de crédito.<sup>6</sup> La dificultad consiste en equilibrar esa balanza, siendo consciente de que la investigación implica permanentemente un equilibrio inestable entre ambos imperativos, que, necesariamente, desde una posición reflexiva, hay que atender.

De ese equilibrio inestable, como tarea de investigación, surge la orientación propiamente reflexiva o, más precisamente, la de una reflexividad transductiva: “trans”, más allá, de las inferencias, “duccioness”, estrictamente formales. Esta reflexividad transductiva nos distancia de ciertas orientaciones

---

<sup>6</sup> «Los conceptos no nos están esperando, hechos y acabados (...) Hay que inventarlos, fabricarlos o más bien crearlos, y nada serían sin la firma de quien los crea. Nietzsche (...) escribió: “(...) Hasta ahora (...) cada cual confiaba en sus conceptos como en una dote milagrosa procedente de algún mundo igualmente milagroso”, pero hay que sustituir la confianza por la desconfianza» (Deleuze y Guattari, 1995: 11). Esto, automáticamente, nos sitúa al margen de una visión realista/ objetivista: «¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas, adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son» (Nietzsche, 1998: 25). Nos sitúa en el terreno de la «vigilancia epistemológica» que proponía Bachelard (1993): «para el espíritu científico, todo fenómeno es un momento del pensamiento teórico, un estadio en el pensamiento discursivo, un resultado preparado. Es más producido que inducido» (Bachelard, 1993: 121); así evitaremos caer en la pereza: «toda designación de un fenómeno conocido a través de un nombre científico aporta una satisfacción a un pensamiento perezoso» (Ibid.: 116).

reflexivas (Beck, Giddens y Lash, 1994; Beck, 1994; García Selgas, 1999; García Selgas y Ramos, 1999; Giddens, 1994; Lamo de Espinosa, 1990, 1993; Lash, 1884; Taylor, 1989; Thiebaut, 1998) que, bajo diversas manifestaciones, han concebido la reflexividad más como un privilegio del investigador social que como una condición constitutiva de la realidad social.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Las referencias principales para la elaboración de una propuesta metodológica fundamentada en el principio de reflexividad provienen, junto a los presupuestos teóricos de la etnometodología (Garfinkel, 1984; Atkinson, 1988; Attewell, 1974; Heritage, 1984), de la Sociología del Conocimiento Científico surgida a partir del *Programa Fuerte* (Barnes, 1974; Bloor, 1976, 1982, 1991) como corriente crítica con la perspectiva normativa de Merton (1985), teniendo como principales aportaciones a tomar en consideración (aún no siendo todas ellas declaradamente “reflexivistas”): Ashmore, 1989; Collins, 1981, 1983; Collins y Pinch, 1979; Cotillo Pereira, 1996; Knorr-Cetina, 1981, 1999; Knorr-Cetina y Mulkay, 1983; Pickering, 1990; Potter, 1998; Woolgar, 1988; Woolgar y Latour, 1986;